

Democracia líquida y verdad en las redes sociales

—NOTAS PARA LA DISCUSIÓN—

RUTH CAPRILES

En estas líneas apenas se plantean algunos cambios que la democracia electrónica y digital produciría en la forma democrática que conocemos, e imaginar algunas tareas que tendríamos que asumir los ciudadanos (el pueblo convertido en usuario) si queremos influir en el diseño y funcionamiento de la democracia en el siglo XXI.

INTRODUCCIÓN

La tecnología de la información y la comunicación ofrecen una inmensa oportunidad a los ciudadanos para influir en el cambio de la forma democrática exigido por los cambios intensivos y extensivos producidos en todas las dimensiones humanas: afectivas, sociales, económicas, culturales. La forma democrática que conocemos tiene que cambiar para ajustarse al siglo y al resto de la sociedad. Ese cambio en la política tendrá que venir, por supuesto, de los políticos de oficio. Pero la dimensión política es la más lenta en cambiar de las actividades humanas y a los políticos, aferrados al poder, les cuesta cambiar. Hay que obligarlos a cambiar. La tecnología pone en manos de los ciudadanos esa posibilidad, mas ella se abre si los ciudadanos se organizan para poder ejercer esa presión. La tecnología blockchain permite agregar opiniones y preferencias colectivas con independencia de los políticos, pero la ciudadanía tiene que organizarse para obligar a los políticos a utilizarla,

para ser consultados en programas electorales, por ejemplo; o para ser consultados en decisiones de importancia nacional; o para controlar las cuentas de los gobernantes.

Un somero vistazo en las redes sociales es suficiente para darse cuenta de las inmensas dificultades que tendremos para llegar a acuerdos más o menos racionales o para concertar acciones políticas racionales sin dejarse llevar por propaganda, *fake news*, pasiones, ruido o exceso de información, y las infinitas fórmulas que encuentran los seres humanos para manipular y esconder la verdad.

El reto presenta como primera tarea domarnos a nosotros mismos.

LA DISOLUCIÓN DE LA FORMA DEMOCRÁTICA

El uso de la información y tecnologías de la comunicación en la política es un fenómeno cuyos signos visibles vimos al despuntar el siglo. Movimientos ecológicos, protestas de indignados, campañas digitales de propaganda y pro-

DOSSIER

selitismo empezaron a agitar lo político, local y globalmente. La pandemia y el confinamiento han intensificado la reflexión sobre la posibilidad de que la electrónica nos ayude a superar las contradicciones, dramáticas en sus efectos, de las democracias contemporáneas. Pues no se trata solo de usar la tecnología para comunicarnos e ir a la plaza a protestar a tal hora; o para ejercer el voto y hacerlo contar, o gritar mi opinión por todas las redes sociales.

El descriptor acuñado por las redes, ‘democracia líquida’, describe bien la transformación que irá produciendo el uso de las tecnologías: la licuefacción de la democracia. Es una buena metáfora pues la digitalización y comunicación electrónica disuelven las estructuras y dinámicas conocidas de la democracia, en todas sus versiones contemporáneas.

El uso de la tecnología implica cambios profundos en la forma misma de la democracia. Es prudente y conviene notar que el inevitable incremento del uso de la tecnología requerirá y producirá un nuevo diseño de la forma política que conocemos. La democracia líquida (DL), en principio, es solo una proposición de usar tecnología blockchain para consultar y agregar la opinión de ciudadanos, sea sobre candidatos o sobre asuntos de interés público. Por definición es un híbrido entre democracia directa y representativa, y se describe como democracia delegativa. Puedo delegar mi voto en cualquiera, un experto o cualquier persona de confianza y esta puede, a su vez, delegar mi voto a un tercero.

Pero es mucho más que una simple tecnología de computación de resultados electorales porque sus posibilidades son inmensas y afectan aspectos importantes de la democracia que conocemos: la división de poderes, los partidos políticos, la competencia entre candidatos, las funciones de control y fiscalización de los poderes públicos, la función de la garantía pública.

El descriptor acuñado por las redes, ‘democracia líquida’, describe bien la transformación que irá produciendo el uso de las tecnologías: la

licuefacción de la democracia.¹ Es una buena metáfora pues la digitalización y comunicación electrónica disuelven las estructuras y dinámicas conocidas de la democracia, en todas sus versiones contemporáneas. Si la definición mínima de ‘democracia’ es “gobierno del pueblo”, entonces la tecnología contemporánea es la herramienta perfecta, o más: espectacular oportunidad para efectuar un gobierno del pueblo, bajo la guisa de ‘usuarios’, claro. La herramienta tiene la potencia para alterar la forma democrática en muchos aspectos.

Imaginemos algunas posibilidades. Primero, alteraría la forma republicana básica de un balance entre tres poderes que sustentan las instituciones. La posibilidad de efectivo control ciudadano sobre las decisiones y acciones públicas vuelve innecesarias algunas garantías oficiales y funciones públicas. Podríamos prescindir de la Fiscalía, por ejemplo, y la defensa de nuestros derechos pasar a organizaciones especializadas. Uno de los importantes atractivos de la DL es que permite prescindir de la garantía gubernamental para hacer valer la voluntad de la ciudadanía (usuarios). No necesitamos un Consejo Electoral o un tribunal para confiar en la decisión colectiva. La confianza pasa ahora a manos de los ciudadanos; estos pueden auto agregarse en una plataforma o realidad virtual propia, que se garantiza a sí misma.

La DL también difumina los lazos de representación, reduce la importancia de los partidos políticos y los pone a competir con otras organizaciones de expertos o profesionales. La posibilidad abierta de delegación para cada asunto, y no una carta blanca a un representante escogido cada cuatro o cinco años, ciertamente disuelve el lazo de la representación política.

Otra alteración provendrá de la fracturación infinitesimal del voto unipersonal, el canon “una persona un voto” desaparece o tendrá que ser reformulado ante lo que podemos llamar “voto infinitesimal”. Podremos distribuir porcentualmente nuestro voto entre varios candidatos y partidos. Sin duda, esta modalidad del voto tendrá efectos considerables en la disolución de los límites entre partidos y candidatos y hará difícil establecer puntos de equilibrio y dominio. La delegación del voto también contribuye a

superar la unicidad del voto pues un votante podría emitir millones de votos que le han sido delegados y, por ende, tener un peso considerable como elector.

Lo más importante y creo ventajoso de estos cambios es que puede variar la visión y noción de la política, tornarla hacia los asuntos (*issues*) más que hacia los líderes.

Esa visión política podría acercarnos al ideal de Lasswell, la política como el espacio de racionalidad donde todas las patologías individuales se transforman en propósitos colectivos, un ágora de competencia racional por las preferencias de los ciudadanos. Una pugna en buena lid a través de símbolos que representan de forma general las preferencias individuales, que son en sí mismas intransitivas y no aditivas. Así, cuanto más abstracto el símbolo, mayor número de personas se sentirá incluido y ganará aquella persona que alcance el mayor grado de generalidad simbólica; en suma, quien se apropie de los símbolos colectivos generales. La misma pugna por símbolos obliga a los contendientes a volver públicos sus propósitos personales, a traducir sus ambiciones en símbolos generales. Dicho de forma coloquial: si desea ser rico, bien puede hacerlo en el sector privado. Pero si entra en la palestra pública, su ambición de riqueza debe transformarse en 'riqueza de la nación'.

En teoría debería ser así. El poder público es una investidura; cuando las personas entran al espacio público visten el ropaje de lo público y deberían actuar en función de la misión y objetivos del oficio encomendado.

En la realidad, esa idea de la política como una arena de competencia racional, en la que los actores se ven obligados a traducir, transformar, sus ambiciones personales en propósitos públicos, resulta una utopía en el mundo del siglo XXI, en el que parece proliferar la metamorfosis opuesta: la conversión de lo público en hacienda personal. No es solo cuestión de dictadores y déspotas bananeros quienes no tienen sentido, ni idea de lo público y creen que la magistratura es para su beneficio y engolosinamiento personal. También los líderes de los países del primer mundo están mostrando similares patologías extremas de megalomanía, narcisismo, arbitrariedad, capricho y enriquecimiento personal.

Lasswell no previó en su escenario racional, la capacidad de las patologías extremas para vestir con símbolos engañosos sus verdaderas ambiciones. No previó el masaje de la propaganda.

El poder público es una investidura; cuando las personas entran al espacio público visten el ropaje de lo público y deberían actuar en función de la misión y objetivos del oficio encomendado.

Y no parece haber forma de evitar que tales líderes tóxicos lleguen al poder y sean seguidos, al menos hasta llevarlos allí, por mayorías incautas tras símbolos engañosos. Por esto resulta atractiva la oferta de una tecnología que nos permite quitar atención a los líderes y pasarla a los asuntos de interés público. Lo que interesa es la solución al problema público, no quien la propone o defiende. Los líderes siempre serán necesarios, pero la tecnología es una herramienta en manos de los ciudadanos para, si no obligar, presionar a los políticos a investirse del ropaje y propósito público.

EL ROL DE LOS USUARIOS EN LA DEMOCRACIA LÍQUIDA

La DL no sucederá de la noche a la mañana, será un proceso que se irá extendiendo a medida que la ciudadanía vaya adquiriendo conocimiento suficiente para intervenir en las decisiones públicas sobre asuntos, sin importar quién las propone.

El problema claro, matemáticamente calculado por Arrow y otros, es que toda agregación de preferencias colectivas tiene un resultado irracional y es imposible fijar un propósito colectivo, una política pública, una estrategia de desarrollo nacional, que sea racional y cónsona con los principios generales que orientan la acción pública: igualdad, libertad, justicia para todos, etcétera. Problemas que los teóricos del *public choice* tienen años tratando de resolver.

Las dificultades para sumar preferencias individuales en decisiones públicas (*public choice*) se presentan igual en las operaciones efectuadas por la tecnología blockchain. La delegación transitiva produce resultados intransitivos; la

DOSSIER

sumatoria infinitesimal de votos puede hacer imposible una decisión racional. Actualmente muchos matemáticos están trabajando para solucionar los problemas de intransitividad y de preferencias no aditivas que se agudizan quizá con la tecnología. Ya hay un masivo aporte matemático a la disciplina para resolver problemas de funcionamiento del sistema. Ya hay soluciones, por ejemplo, a uno de los obstáculos de la tecnología blockchain que refiere al ejercicio del derecho de la privacidad del voto. Y hay soluciones para la intransitividad resultante de la delegación.

Lo que me parece importante notar en estas líneas es la importancia que tiene la DL, que ya ofrece un cuerpo disciplinario suficiente como para ponerla a prueba o, al menos, empezar a reflexionar sobre esa opción para mejorar nuestros sistemas políticos. Es una teoría que está poniendo la política en manos de los ciudadanos.

En general, las soluciones matemáticas son meta o pre-decisiones a la decisión, tales como reglas de comportamiento electoral o de votación que impiden de antemano las preferencias inconsistentes.

En consecuencia, y para nuestro interés de filosofía política, toda decisión necesita una pre-decisión sobre el objetivo público. La tecnología blockchain usada para simples elecciones universales necesita una regla de mayoría, y reglas que resuelvan las inconsistencias que puedan presentarse por la fracturación infinitesimal del voto o por los acaparamientos de votos delegados que generen dominios dictatoriales en la cadena.

Lo que me parece importante notar en estas líneas es la importancia que tiene la DL, que ya ofrece un cuerpo disciplinario suficiente como para ponerla a prueba o, al menos, empezar a reflexionar sobre esa opción para mejorar nuestros sistemas políticos. Es una teoría que está poniendo la política en manos de los ciudadanos. Eso no sucederá de repente; requerirá ensayo y corrección, mucho diseño y tiempo, tanto para

superar la resistencia de las estructuras políticas tradicionales como para resolver el sinnúmero de problemas que plantea la tecnología. Muchos matemáticos, programadores, profesores en ciencias políticas, y un sin número de profesionales están contribuyendo a su perfeccionamiento, pero son los usuarios quienes tendrían que involucrarse con seriedad y empeño en contribuir a diseñar el uso del sistema digital. Lo que no pueden resolver las matemáticas ni la tecnología son las reglas, los acuerdos sociales sobre el uso y resultados de la política líquida.

Hay que trabajar primero en la definición de las reglas que instruiremos a los sistemas para que cumplan y produzcan resultados que mejoren la democracia. Segundo, como usuarios y ciudadanos o entes políticos, ocuparnos en la autoinstrucción y búsqueda de los conocimientos necesarios para hacer uso de esa tecnología; ocuparnos de la diseminación del conocimiento a todos los integrantes del sistema político para que podamos dar buen uso a la tecnología. Porque no se trata solo de controlar gobernantes, sino también de controlar la irracionalidad inherente en la acción colectiva.

Si hay algo que ha quedado claro durante estos meses de confinamiento casi global, es la irracionalidad colectiva. Hemos visto la irrupción de la opinión pública cual marejada en el sistema político. La opinión de una magnitud inimaginable y global, transfronteras; millones de usuarios que opinan, acusan, saben de todo, reclaman espacio, se vuelven *influencers*, imponen modas, usos, comportamientos. Terminarán poniendo y quitando presidentes porque al final de cuentas lo que los presidentes hagan estará determinado por los *polls* que ahora se hacen sobre las redes sociales.

Hay muchas decisiones que tendremos que tomar, reformas que efectuar. Se necesita adaptar nuestros procedimientos y comportamientos. La democracia líquida no es solo una tecnología eficiente para efectuar y garantizar elecciones; implica mucho más pues abre el camino para la participación ciudadana, directa y constante, en las decisiones gubernamentales.

El mayor problema que enfrentará la realización de la e-democracy es el usuario mismo. Tenemos que domarnos a nosotros mismos. En

ese sentido me atrevo a proponer algunas líneas de trabajo ciudadano:

1. Es preciso producir sistemas de control de la información veraz. La eficiencia del sistema líquido depende del conocimiento de las alternativas de decisión, de la evaluación ciudadana sobre las soluciones propuestas.

La velocidad de circulación de la información falsa amenaza la posibilidad misma de una decisión racional, individual y colectiva. Esa línea de trabajo lleva desde la elaboración y circulación de instructivos para la comprobación de noticias, hasta la creación de instituciones sin fines de lucro encargadas de verificar información.

Se ha puesto muy de moda en los últimos años el esperpento “posverdad”, en parte por el efecto corrosivo de las teorías de la deconstrucción, como por la multiplicación exponencial de los emisores de información. Pero el término es infame; no existe algo así como una posverdad, como no hay una anteverdad. La verdad es una aspiración humana; nunca llegamos a ella ni la dejamos atrás. El propósito de toda ciencia y conocimiento es acercarse a ella, no obtenerla, sino incrementar el grado de verosimilitud de nuestros enunciados, el grado de concordancia entre lo que decimos y lo que hay. Si pudiésemos obtener la verdad absoluta, cesaría la ciencia y llegaríamos a una verdad inmutable. Pero esto no quiere decir que no existe una realidad a la que acercarse. La incertidumbre de Heisenberg habla sobre nuestras dificultades para conocer la realidad, no sobre la inexistencia de esta.

Para acercarnos a la verdad en la democracia líquida, necesitamos poder distinguir, por ejemplo, quiénes emiten la información para poder empezar a evaluarla. En la reciente experiencia electoral norteamericana, por ejemplo, la información sobre los resultados es emitida por partidarios de uno y otro candidato. Uno recibe información contradictoria y opuesta y no sabe a quién creer. O cree simplemente a quien quiere creer porque ya es partisano de esa fuente. Incluso los medios de comunicación formales e informales son partisanos. Necesitamos por tanto centros de evaluación autónoma y objetiva

que chequee las fuentes y la veracidad de la información emitida que siempre es parcial.

2. Otra línea de trabajo tiene que ver con la necesidad de crear puentes entre las diferentes interpretaciones de los mismos símbolos. La igualdad, especialmente, es un valor que exige reflexión tras dos décadas de protestas de indignados que han caracterizado el siglo. ¿Cómo tender puentes entre un grupo de personas que aspira a la igualdad en la miseria y otro que aspira a la igualdad de competir por la riqueza? Para cada ser humano la igualdad refiere a su problema inmediato particular: salario, salud, educación, vivienda, comida, justicia, raza, clase, trabajo... al infinito. Los partidos socialistas se apropiaron del símbolo de la igualdad; los partidos liberales el de la libertad. En el medio, en nuestro país, por ejemplo, el populismo ha intentado cabalgar entre ambos. Y fue una opción que sirvió de puente entre ambas mentalidades y que por varias décadas mantuvo equilibrio en el sistema político. Hoy, ese equilibrio se ha roto, la polarización se ha magnificado internamente y, además, parece reproducirse en el mundo como contagio silencioso.

[...] el término es infame; no existe algo así como una posverdad, como no hay una anteverdad. La verdad es una aspiración humana; nunca llegamos a ella ni la dejamos atrás.

Los problemas del desarrollo de las naciones distan mucho de una solución. Estamos atascados en posiciones ideológicas opuestas, dando soluciones opuestas, produciendo vaivenes en el progreso de los pueblos. El mundo del siglo XXI requiere una clarificación de las ideas políticas atascadas en una distinción del siglo XVIII que impide imaginar nuevos diseños de democracia.

Esos puentes ideológicos requieren la refutación de teorías que siguen siendo atractivas y son aplicadas una y otra vez a pesar de haber demostrado repetidamente su inconsistencia con los principios que las inspiran, su inviabilidad fáctica, sus efectos en desmedro del bienestar de las naciones.

DOSSIER

La fuerza de los símbolos es tal que sobreviven más allá de las teorías que los enarbolan.

Quizá el tránsito a la democracia digital, por la misma exigencia de simplicidad matemática exigida por la tecnología, sea la ocasión para aclarar ideas políticas, simplificar conceptos y dar nuevos contenidos a los símbolos que representan persistentes aspiraciones humanas.

3. Las emociones en la política es otro aspecto que debemos tomar en cuenta para hacer viable la democracia digital. Lo curioso de la reducción de la población mundial al contacto digital exclusivo, resultado del confinamiento sanitario, es que ha suscitado tempestades emocionales. Odios, envidias, resentimientos antiguos, competencias desleales, mentiras, vanidades desmedidas, volatilidad de los estados anímicos, irrumpen en las redes sociales con una fuerza apenas moderada por las posibilidades de cooperación, amistad, creatividad, que esas mismas redes permiten.

Esa emotividad a flor de piel en las redes sociales ha entrado en la política con la misma fuerza de la revolución en comunicaciones, que ingresa y activa cada vez mayor número de personas en la contienda política. Si antes la sociología se ocupó de las mayorías silenciosas ahora tendría que ocuparse de las mayorías vociferando por causas cercanas o lejanas, ya no importa. La situación política del Sudán o de USA provoca agrias contiendas entre habitantes distantes que ven reflejadas sus penurias y angustias en cualquier situación ajena, tomando partido sobre causas que realmente desconocen,

asumiendo una causa global y tomando parte por símbolos que parecen comunes a todos los seres humanos pero cuyo contenido, y el uso que le dan las partes, nos es ajeno.

Las emociones parecen multiplicarse con la velocidad 4G, y seguirán creciendo exponencialmente con la 5G y sucesivas. Millones de personas entrando en las redes, queriendo tener opinión, presencia, peso en las decisiones públicas y acarreando también todas sus pasiones, los resentimientos históricos, personales o nacionales. Si no tomamos en cuenta ese fenómeno, ninguna tecnología podrá resolver los problemas actuales de las democracias.

RUTH CAPRILES

Licenciada en Historia de la Universidad Central de Venezuela (1975) y Doctora en Ciencias Políticas por la misma universidad. Actualmente es investigadora del Centro de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Católica Andrés Bello.

Notas

1 Aquí usaré indistintamente los descriptores: 'e-democracy', 'democracia digital', 'democracia líquida' entendiéndolo que las diferencias semánticas entre ellos connotan diferentes aspectos, incluso fases, del proceso de la democracia digital.

'e-democracy' refiere al soporte físico (electrónico) del procesamiento y circulación de la información.

'democracia digital' refiere a la forma de encriptación de la información circulada.

'democracia líquida' refiere a los resultados producidos por tal uso de la tecnología e información.